



¿Cómo está nuestro corazón? ¿Abierto y capaz de pedir el don de la consolación para después transmitirlo a los otros, como un don del Señor? o “¿'cerrado', ricos de espíritu, es decir, ‘suficientes’ que se consuelan mirándose al espejo?

Esta es la pregunta que el Papa plantea en la homilía de la misa que ha celebrado este lunes en la Casa Santa Marta, en el Vaticano. **El Santo Padre profundiza el concepto de ‘consuelo’ e indica que la primera característica para que exista es que se necesita de otro, (alteridad o otredad).**

“La experiencia del consuelo, que **es una experiencia espiritual, siempre tiene necesidad de una alteridad para ser plena: nadie puede consolarse a sí mismo, nadie.** Y quien trata de hacerlo, termina mirándose al espejo, se mira al espejo, trata de alterarse a sí mismo, de aparecer”, dijo.

Contrariamente uno se acaba consolando “con estas cosas cerradas que no lo dejan crecer y el aire que respira es ese aire narcisista de la autorreferencialidad. Éste es el consuelo falseado que no deja crecer. Y esto no es el consuelo, porque está cerrado, le falta una alteridad”.

El sucesor de Pedro recuerda el Evangelio esta lleno de ejemplos, “como los doctores de la Ley, llenos de su propia suficiencia, el rico Epulón que vivía de fiesta en fiesta pensando que así se sentía consolado, o el que mejor expresa esta actitud que corresponde a la oración del fariseo ante el altar que dice: ‘Te doy gracias, porque no soy como los demás’”.

Así, nota el Papa, **“Este se miraba al espejo, miraba su propia alma falseada de ideologías y agradecía al Señor”.**

Jesús hace ver que podemos volvernos personas que viven con esta actitud, y por lo tanto “jamás llegaremos a la plenitud”, al máximo a ‘hincharnos’ de vanagloria.

**El consuelo, para que sea verdadero, tiene necesidad ‘de otro’. Ante todo se**

**recibe porque “es Dios quien consuela”, quien da este “don”.**

“Yo dejo entrar el consuelo del Señor como don es porque tengo necesidad de ser consolado. Estoy necesitado: para ser consolado es necesario reconocer que estoy necesitado. Sólo así el Señor viene, nos consuela y nos da la misión de consolar a los demás. Y no es fácil tener el corazón abierto para ‘recibir el don’ y ‘ser servicial’, las dos alteridades que hacen posible el consuelo”.

Precisamente el Evangelio del día, el de las Bienaventuranzas, dice “quiénes son los felices, quiénes son los bienaventurados”:

“Los pobres, el corazón se abre con una actitud de pobreza, de pobreza de espíritu. Los que saben llorar, los mansos, la mansedumbre del corazón; los hambrientos de justicia, los que luchan por la justicia; los que son misericordiosos, los que tienen misericordia a los demás; los puros de corazón; los operadores de paz y los que son perseguidos por la justicia, por el amor a la justicia. Así el corazón se abre y el Señor viene con el don del consuelo y la misión de consolar a los demás”.

En cambio son “cerrados” los que se sienten “ricos de espíritu, es decir, “suficientes”, “los que no tienen necesidad de llorar porque se sienten justos”, los violentos que no saben qué es la mansedumbre, los injustos que realizan injusticias, los que carecen de misericordia, y que jamás tienen necesidad de perdonar porque no sienten que deban ser perdonados, “aquellos sucios de corazón”, los “operadores de guerras” y no de paz, y aquellos que jamás son criticados o perseguidos porque no les importa de las injusticias hacia las demás personas.

**“Estos tienen un corazón cerrado”:** no son felices porque no pueden, obtener el don del consuelo para después dárselo a los demás.